

... y la liebre, que, creyendo ésta que aquélla con su tardo paso no llegaría nunca al lugar señalado para el término de la apuesta, se echó a dormir a la vera del camino, en tanto que la tortuga, camina que camina, burló, sin que se diera cuenta la liebre, las más suaves confianzas de ésta, y llegó primero, asombrándose, después la liebre de que, por haber confiado en su agilidad, había perdido una apuesta en la que indudablemente habría ganado, si no hubiese sido por su poca prudencia. Tal nos puede suceder a nosotros los liberales; y es esto lo que no queremos; de aquí el motivo de nuestra pregunta.

(Juan Renaud.)

DISCURSO

Pronunciado por el Sr. José de la C. Pérez E. en el teatro ESTRELLA de Chitré

“Señores:

El hecho de ser la función de esta noche a beneficio de la Sociedad “Estudios Mutuos” que me honro en presidir, y consiente con los deseos de algunos amigos que han querido hacer de mí en esta noche un orador, sabiendo de quicio mi insuficiencia intelectual exponiéndome a un fracaso, me permito dirigiros la palabra cumpliendo así con mi deber de Presidente del Centro a cuyo nombre hablo y satisfaciendo al mismo tiempo los deseos de mis amigos.

No penséis que váis a escuchar por mis labios el ritmo elocuente y castizo de las personalidades que desde este escenario extraño para mí, han dejado gustar de la rítmica armoniosa de sus cantos y de la majestad de sus frases señoriales.

No; nada de eso escucharéis; mi ingenio carece de alas y es débil lo bastante para elevarse a los altos e intrincados problemas del pensamiento; por tanto, permitidme que ensaye tratar, si así lo queréis, de algo sencillo y familiar cuyo estudio se presenta escueto a nuestra vista.

Aventuraré sacar algunas chispias del teatro como recreo y la influencia que éste ejerce en el desarrollo intelectual de las capas sociales, ya que en él nos encontramos en este momento quizás atrastrados por un mismo deseo de identificarnos en las mismas ideas de aplaudir o censurar, si bien se quiere, la belleza o la imperfección de aquello que, sin darnos cuenta, es el reflejo fiel de las pasiones del hombre en toda su desnudez viciadas por una mala educación y desarrolladas por un bajo fondo moral, porque en el teatro lo que se censura o aplaude, tenedlo presente, no es más que nuestra propia conducta para con los demás.

Como dijo don Benito Pérez Galdós, una autoridad tan respetable en achaque de letras, en un discurso leído ante la Real Academia Española, el público da el alma a los escritores de las producciones de su ingenio, y que luego ese mismo público aplaude o censura la perfección o la imperfección de aquello mismo que le inspiró escribir, no me parece errado mi concepto.

El teatro no es sólo, como lo creen algunos, un lugar de recreo donde nos vamos a pasar bostezando o charlando los momentos de ocio de nuestra vida, hay una semejanza enorme entre éste y un parque, porque además de divertirnos con la charla amena y florida de las ninfas de carne y hueso que adornan y dan forma y vida al jardín de nuestros ideales, gozamos íntimamente con la representación de las escenas de la vida real, ya corregimos los defectos de que adolecen según nuestro modo de pensar, nos constituimos en los protagonistas de aquellos papeles que más nos cautivan, defendemos o atacamos el proceder de los personajes, lo que hubiéramos hecho en su lugar, admiramos el arte de la representación, el lugar que ocupan los pa-

sajes y a veces hasta criticamos el fondo moral de las mismas porque no se aviene con nuestras ideas y principios, mezclando en todo esto lo útil a lo agradable.

Reímos a carcajadas cuando viene el caso de una setentona que no se da por vencida, de su afán por agradar; de un marido burlado por un pillo que aprovecha su ausencia para galantear a su mujer; de las extravagancias y ridículas necesidades que se gastan los enamorados, etc. Así como nos tornamos graves y serios cuando salen a relucir espadas y puñales desnudos y amenazantes, revólveres y fusiles.

Pero reímos como desternillados a veces y nos tornamos serios y meditabundos otras, sin darnos cuenta quizá que todo no es más que una copia exacta de las costumbres y vicios nuestros.

Si reímos de una locura o una extravagancia, si la censuramos o aplaudimos, esa locura y esa extravagancia, la censura y el aplauso van derechamente a parar a nosotros. Viéndolo bien, en el teatro, nadie se burla de nosotros más que nosotros mismos.

El hecho de observar desnudamente con todo su cortejo de defectos y perfecciones las escenas de la vida, hace que cuando se nos presenten en nuestro camino los corrijamos previendo las fatales consecuencias que su descuido podría acarrear, en esto estriba precisamente, según mi humilde modo de pensar, la influencia que el teatro ejerce en el desarrollo, no sólo intelectual sino también moral de las capas sociales.

Según esto, todo cuanto nos hace conocer nuestras propias faltas nos corrige y nos mejora: nos corrige digo, porque nuestros conocimientos se ensanchan de la órbita en que antes se agitaban, permitiéndonos ver más claro y de una manera más acorde con la verdad; y nos mejora, porque una vez conocidas nuestras imperfecciones, como todo ser humano aspira a la gloria de esta vida perpetuando su recuerdo en los vivientes, ya por su conducta moral o por sus obras, se corrige así mismo en la espera de la gloria póstuma.

De manera que el teatro según he podido demostrar, además de ser un lugar de recreo, es un foco de instrucción, principalmente para aquellos cuya perspicacia es capaz de escudriñar la intención íntima del dramaturgo o novelista y el fondo moral de sus producciones.

El mejor vulgarizador de las buenas costumbres es el teatro, cuando lo mueven fines elevados; entre paréntesis, tenemos bien sabido que nada nos produce tanto escozor como la crítica de nuestros errores y nada nos corrige tanto como ella, por el temor de ser el objetivo principal de las burlas de los demás hombres cuyos aplausos nos envanecerían. Las decepciones sufridas por los unos en este particular son una lección que aprovechamos los otros para corregirnos, por eso quizás no han surgido grandes hombres sino al calor de las grandes críticas. Las bacanales del pueblo romano si hubiesen sido aplaudidas unánimemente aún existirían y más refinadas, pero no fue así, la crítica poco a poco acabó con ellas; es que a la crítica justa y desapasionada (que en mi concepto es la única crítica digna y verdaderamente instructiva) se le teme tanto como al filo de una espada en manos de un verdugo.

Por eso el teatro nos corrige, por ser el crítico más grande del siglo y merced a sus críticas la humanidad progresa.”

DOMINGO H. TURNER

ABOGADO

OFICINA: AVENIDA NORTE

... y en la calle la hallé y algo muy grave reflejaba en los ojos su cerebro, como las fauces de un abismo: oscuro, como la imagen de un fatal recuerdo . . .

De un recuerdo tan triste y doloroso, tan funesto y pesado y tan horrendo, que parece una noche de esas noches en que lloran las nubes del Invierno.

Yo recuerdo que hablábamos de una luciente maravilla de los tiempos, mientras juntos paseábamos a solas una noche romántica, en su huerto.

Ella quiso de pronto detenerse a la sombra de un Mango corpulento, y allí hablamos de amores en la sombra, en la sombra inaudita del Silencio.

Unas faldas se alzaron a mi vista que exaltaron de espanto en mí los nervios: fueron faldas de mística montaña do en su centro pendiera un arroyuelo.

Y atrevido escalar quise la altura de la montaña, y del arroyo el centro; y entre zarzas y espinas ascendiendo me interné en su camino tan estrecho,

que por chuzos que al paso me punzaban, al llegar a la cima de mi anhelo fue que pude quitarme los zapatos y hecho un pozo de sangre estaba un dedo.

Quise entonces limpiarme el dedo herido y saqué del bolsillo mi pañuelo, y empecé a descender mientras pensaba: Son efectos tenaces del primero

en cruzar, tras el juego de la Vida, los eriales virgíneos del Sendero.

... Ella en tanto que sola había quedado de las místicas faldas bajo el techo, se marchó melancólica y llorando . . . y llorando perdióse a lo lejos su silueta, dejando vaga estela en rumores de dichas y recuerdos . . .

Quise entonces atar en aquel árbol (como el “Aquí fue Troya”), mi pañuelo; y después me perdí: . . . siempre pensando: son efectos tenaces del primero en cruzar, tras el juego de la Vida, los eriales virgíneos del Sendero.

Panamá, Abril de 1917.

Jorge Enrique de Ycaza.

FINGISTE?

Tú que has hecho brotar en mi alegría que huyó desesperada de mi pecho, e hiciste incorporarme sobre el lecho de pesadumbres do mi fe moría;

pues pensaba que Amor no volvería porque encontraba el corazón deshecho y el alma acongojada en ese estrecho vivir de una existencia triste y fría.

Tú hiciste revivir en mi alma flores que se mustiaron con todos mis dolores enlazados eual sierpe a mi vida; y evitaste quizá de que mañana joven me viera la cabeza cana y el alma la sintiera envejecida.

Hiciste renacer mis ilusiones y te expresé vibrante en mis canciones mis ansias, mis deseos de hacerte mía . . . y luego con caricias me embriagaste, pues tu boca a mi boca la juntaste en beso largo de pasión que ardía; y cuando entre mis brazos prisionera, ardiendo de pasión te preguntaba que si tu ser por mí sólo vibraba? Contestabas alegre y placentera que “sí”, y supuse tu expresión sincera porque fluída de tu yo brotaba.

Hoy dices que por mí jamás sentiste amor, ni que gozaste en mis caricias soñando en consagrarme tus primicias después que yo aspirara tu fragancia . . . Y pienso . . . que sonriendo me mentiste, con fino tacto, con arte y elegancia.

Luis T. Zerr.

**Advertencia necesaria.** — Los motivos que nos han obligado a sacar este periódico en los talleres de “El Diario”, no son otros que los de la puntualidad, esmero y baratura de esta empresa. Hacemos esta advertencia porque, como las cosas andan revueltas, podría sospecharse que hemos celebrado algún pacto que nos desligue por completo del carácter independiente que hasta aquí hemos observado. Por otra parte, como alguien nos calificó de “moralistas” en artículo publicado en “La Estrella de Panamá”, y el señor doctor don Eusebio A. Morales es uno de los propietarios de la imprenta, queremos advertir que el programa lanzado por nosotros queda en pie, y que nada tenemos que ver con candidaturas, dada lo lejana que se encuentra la hora de ese debate político. Sólo nos concretaremos a cooperar por la unión de la familia dispersa: único ideal y única esperanza nuestra que ojalá coronemos.

**Sébase.**—Este periódico no acepta colaboración de nadie a no ser que haya sido solicitada por su Director o por cualesquiera de sus Redactores. Se suplica, pues, a quienes nos hayan mandado escritos para su publicidad, no esperen verlos publicados. Además, este periódico no está destinado a insultar a nadie; lo dedicamos solamente a la defensa de la juventud, del liberalismo y de toda idea que tenga algo de hermandad con nuestros principios filosóficos.

**Con don Juancho Sosa.**—Muchas son las quejas que se nos traen con respecto al mal servicio de los empleados de la Agencia Postal que, según parece, no saben o no quieren cumplir con su deber. Esperamos que don Juancho averigüe en dónde está el mal, para evitarnos tener que decirselo.

**“La Crónica”.**—Aunque sin haber recibido un solo ejemplar de este periódico, que ha aparecido últimamente, nos es grato presentarle la bienvenida, deseándole largos años de vida, mucho taeto, triunfo seguro y cumplimento a tan bello y tan raro programa que, en las circunstancias actuales, tiene algo del pobre manchego.

**Los juegos en Colón.**—Algunos periódicos de esta localidad publican notas sobre Colón, ya hiriendo la dignidad de determinada persona, ya sembrando discordia entre buenos amigos; pero no hemos visto jamás ninguna censura contra los jugadores, cosa que a nuestro juicio debe ser preferible. Uno de nuestros colaboradores que visitó la vecina ciudad ha pocos días, nos informa que aquello es una gran casa de juego en los que toman parte importantes funcionarios públicos. Corremos traslado de esta noticia ala autoridad que no esté complicada en este delicado asunto, para que le eche mano a los tahures, pues, además de estar prohibido por la ley, el Gobierno no recibe de ello ningún beneficio.

**Irregularidad que debe corregirse.**—Es una grave imprudencia esa que acostumbran los policiales de detener a los autos o coches que conducen pasajeros, ordenando que éstos se bajen para conducir a aquéllos a la policía. Si el agente ha sido ordenado para que detenga a algún vehículo, lo que debía hacer es hacerle ver al automovilero o cochero en el deber que está de comparecer a la policía una vez haya dejado en su destino a la persona que conduce; pero eso de hacerlo del modo como se acostumbra y que indicamos arriba, es una irregularidad. Esperamos que se corrija el mal.